

descubrimiento que también había hecho recientemente en la isla situada á la embocadura del Alviela y bajo las alturas de Boavista, de la cual hemos dicho que se hubiera podido servir como de una segunda Lobau. Con efecto, tras de vivas instancias suyas, había consentido Massena en abandonar algunas barcas del tren de puente para que registrara aquella isla, que al parecer contenía grandes recursos. Ya que las tuvo, el capitán Parmentiers se abandonó primero á la corriente del Zezere, después á la del Tajo, y partido de Punhete á la caída de la tarde, llegó á otro día de mañana á dicha isla, sin otro accidente que el de numerosos fusilazos de la orilla izquierda, aunque de escaso efecto. En isla tan bien situada halló granos, ganado, de que Reynier tanto carecía, y el triste convencimiento de que hubiera sido de provecho sumo para el paso del Tajo. Habiendo acudido hacia allí el enemigo con bastante fuerza, no era ya tiempo de que de ella se sacara partido y había que renunciar á cruzar el Tajo por un paraje, donde la operación fuera practicable y segura. Esta era hasta aquí la principal y casi única falta que la opinión del general Eblé atenúa, pero no borra, y que Napoleón no hubiera cometido, porque su espíritu, adecuado para todo, para las funciones de ingeniero como para las de general en jefe, y además infatigable, no descansaba hasta hallar la solución pendiente. Y es raro, sea la situación la que fuese, que esta solución no exista en la guerra como en todo, sólo que se necesita el espíritu que la busca y además el ardor de carácter que no para hasta que la encuentra.

Algunos días más pudo vivir Reynier por consecuencia de su hallazgo, pero á fines de febrero declaró que iba á encantar su reserva de galleta. Muchas veces los jefes de los cuerpos habían hablado de recurrir á este extremo recurso, bien que era por su parte una amenaza destinada á mover el ánimo del general en jefe y de la cual no había éste hecho caso. Ahora le era imposible dudar de la realidad de estas urgencias, y por sus propios ojos y sus propios oídos se podía asegurar de la pasión por irse de allí que se había apoderado completamente de las tropas, privadas de todo socorro, de toda noticia y abandonadas hacía medio año á un extremo del continente. Sobre todo desde que se había desvanecido la esperanza de la ayuda del mariscal Soult, no se podía contenerlas, y hasta se debían temer movimientos de indocilidad, bajo la influencia de jefes que cometían la falta de no poner freno á su lengua. Jamás había creído Massena en la llegada del mariscal Soult, y no había cesado de decírselo en secreto á un oficial de su confianza. Si había esperado en aquel punto fué no más que para hacer evidente á todos la necesidad de retirarse y para apurar las últimas eventualidades de la fortuna. Llegado ya el mes de marzo y no siendo de esperar la presencia del mariscal Soult, ni ofreciendo más probabilidad de éxito el paso del Tajo, perdida la sola que había por no haberse creído en ella, y resultando la imposibilidad de vivir de la de trasladarse al otro lado del Tajo, y yéndose ya á consumir la preciosa reserva de galleta para quince días, si se permanecía allí más tiempo, único recurso del ejército en caso de retirada, Massena adoptó por fin el partido de ejecutar el movimiento retrógrado sobre el Mondego, que siempre había considerado como el más juicioso y que pusiera

por obra desde las conferencias de Gulgao, si no tuviera que atemperarse á la orden del emperador de permanecer junto al Tajo hasta el último extremo. Sin embargo, tratábase de averiguar si, ya comenzado el movimiento de retirada, se podría hacer alto á mitad de camino, sin ser arrastrados hasta la frontera española; mas resultara lo que resultare de un primer movimiento retrógrado, era indispensable la partida, porque el hambre amenazaba cada vez más de cerca y hacia imprescindible este movimiento. Había que abandonar á Santarem, como al irse á consumir la ración postrera se abren las puertas de una plaza. Massena comunicó sus órdenes de manera de estar en plena retirada del 4 al 6 de marzo. Su plan fué concebido con una prudencia y una audacia que revelaban á un verdadero general en jefe, á quien la adversa fortuna nada había quitado de su sangre fría ni de su inteligencia.

Antes de empezar la retirada del ejército era menester que la precediera la partida de los enfermos, de los heridos y de los bagajes, y para esto no bastaba con una anticipación de dos días, si no se quería encontrarlos agolpados en el camino y verse quizás precisados á pasarles delante para librarse del alcance del enemigo. Con todo, estos movimientos anticipados podían tener también el inconveniente de poner á los ingleses sobre aviso y de atraerlos en nuestro seguimiento harto pronto. Por el camino del Tajo, que ocupábamos con bastante fuerza, había medios de contenerlos si trataban de picarnos muy de cerca la retaguardia, parándonos para enseñarles nuestras bayonetas; pero por el camino del mar, que corre á lo largo del respaldo de la Estrella, era de temer que, advertidos á tiempo de nuestra retirada, se trasladaran velozmente á Leiria, Pombal, Condeixa, y que nos tomaran la delantera sobre Coímbra y el Mondego, en cuyo caso era forzoso renunciar al establecimiento en Coímbra y aun quizá á seguir el valle del Mondego, y resolverse á una retirada corta, pero espantosa, yendo por el valle del Zezere, que está al Sur de la Estrella. Se podían salvar todos estos inconvenientes ocupando á Leiria con fuerza bastante por un movimiento bien combinado y operado en tiempo útil, ni muy tarde, ni muy temprano. Massena lo concibió y lo hizo ejecutar con rara exactitud.

Respecto de los enfermos y de los bagajes decidió que partieran el día 4 de marzo, anunciando que esta evacuación se practicaba para facilitar la concentración del ejército sobre Punhete, punto por el cual se supuso siempre que los franceses pasarían el Tajo. A favor de este susurro, aun sin prestarle asenso del todo, se debía contener el enemigo, no atreviéndose á operar ningún movimiento decidido por causa de su incertidumbre. Todo el ejército hallóse con orden de marchar la noche del 5. Ney, que sólo necesitaba cruzar un corto espacio para encontrarse al otro lado de las alturas, pasando de Thomar á Leiria por Ourem, debía dirigirse á Leiria con las dos divisiones de Mermet y de Marchand y con la caballería de Montbrún puesta á su disposición en esta coyuntura. Hallando en Leiria á Drouet con la división de Conroux, puesta á sus órdenes igualmente, no podía menos de reunir de diez y ocho á diez y nueve mil hombres de infantería y de tres á cuatro mil de caballería, formando un total de veintidós á veintitrés mil combatientes de calidad inmejorable, y aunque se lan-

zaran detrás de él todos los ingleses y los portugueses, de seguro con estas fuerzas y su carácter les atajara el paso. Su tercera división, la de Loissón, debía quedarse en Punhete para hacer subsistir la idea del paso del río.

Al dejar por tal modo libres las vías del Tajo mientras Ney cruzara las alturas de Thomar á Leiria y se fuera á colocar de través del camino del mar, Reynier y Junot tenían orden de levantar el campo el mismo día y á la misma hora, Reynier para seguir el camino que va á orillas del Tajo desde Santarem á Thomar, Junot para seguir el que pasa á media costa entre Tremes, Torres-Novas y Chao de Macáns. Este último debía cruzar la línea de las alturas hacia Ourem, desfilar detrás de Ney, tomarle la delantera en Pombal con la caballería ligera, restablecer el puente de Coímbra sobre el Mondego y ocupar esta ciudad, mientras que Reynier, no transponiendo hasta Espinhal las cumbres, estaba encargado de bajar por Miranda de Corvo al Mondego y de ocupar el puente de Murcelha, que es la llave de la ribera izquierda de este río.

Cuando así Ney como Junot hubieran ya ejecutado su movimiento y dejado libres los caminos, Loissón, después de inutilizar el tren de puente, debía abandonar á Punhete, juntarse á Ney en Leiria por el camino de Thomar y formar con él la retaguardia. Poco probable era que los ingleses consiguieran nunca romper una retaguardia mandada por Ney y Loissón y compuesta de tales tropas.

Massena tuvo aún nuevas dificultades con sus lugartenientes, y sobre todo con los generales Montbrún y Drouet, que sentían la mayor repugnancia en estar á las órdenes del mariscal Ney. Especialmente Drouet, minucioso, mal contentadizo bajo apariencias apacibles, en lugar de mostrarse más deferente de resultados de la libertad que recuperaba de volver á la frontera española, quería al revés partir sin tardanza y no ser útil en la retirada para cosa alguna. Aun desobedeció en muchos pormenores, lo cual aguantó malamente Massena; no obstante, consintió en marchar con el mariscal Ney algunos días y en apoyar la retirada con su presencia, al menos en los primeros instantes.

El 4 por la noche, los enfermos y los heridos, excepto algunos moribundos, cuya traslación era imposible y que fueron fiados á la lealtad inglesa, el gran parque de artillería y los bagajes, pusieron en movimiento divulgando la noticia del próximo paso del Tajo. La parte más preciosa de esta carga, es decir, los heridos, iban en jumentos. Por falta de caballos se había reducido la artillería á la menor proporción posible, no dejando en cada cuerpo sino las piezas más movibles y en cantidad indispensable para la pelea. Siendo inútiles los cartuchos de cañón fueron convertidos por industria del general Eblé en cartuchos de fusil. Todo el ejército abandonó aquella mansión con una satisfacción que emponzoñaba á pesar de todo la renuncia forzada á grandes designios. En el instante de levantar el campo despachó Massena de nuevo al general Foy para que hiciera presentes en París los motivos que le obligaban á retirarse sobre el Mondego, y la urgente necesidad de enviarle inmediatamente socorros, si se había de volver á tomar la ofensiva ó á lo menos conservar el ascendiente de las armas.

Habiendo tomado los enfermos, los heridos y los

bagajes veinticuatro horas de delantera, movióse el ejército el 5 de marzo á la caída de la tarde. Reynier, que estaba en Santarem colocado muy cerca del enemigo, mostró excelente presencia de ánimo todo el día. Por la noche destruyó los puentes del río Mayor y luego se dirigió silenciosamente al camino de Gulgao. Junot, que hacia el curso superior del río Mayor tenía fuertes destacamentos, obró de igual modo y abandonó á Torres-Novas para seguir el camino más próximo á la cordillera de cumbres, el de Torres-Novas, Chao de Macáns y Ourem. Este varón excelente, por desgracia menos cuerdo que valeroso, había recibido en un combate reciente de avanzadas una herida en la frente, que le había de ser funesta más tarde, y siempre decidido aunque poco dócil, quería ir á caballo durante la retirada. Para ahorrarle esta fatiga, Massena fué á ponerse personalmente á la cabeza del 8.º cuerpo. Ney por su parte se había trasladado á Ourem y Leiria, para interceptar la carretera de Coímbra por la vertiente marítima y dejar libres Thomar, Chao de Macáns, Ourem, á los cuerpos que iban á seguir la vertiente del Tajo.

Con grande exactitud se pusieron en planta las disposiciones de Massena, no cayendo nadie en falta para ejecutar un movimiento que era á gusto de todos. Entero se halló el ejército el 6 en plena marcha sin que le siguieran los ingleses. Ya el 7 estaba en línea de batalla, á caballo sobre las dos vertientes y pudiendo lidiar en una ú otra. Reynier se encontraba en Thomar, Junot en Ourem, Ney en Leiria. Quieto Loissón en Punhete aguardaba el fin del día para dar á las llamas el tren de puente, maravillosa y estéril obra de la industria del general Eblé. Después de quemarlo todo, partió de noche para Thomar, llevándose algunas cargas de útiles y teniendo á su extrema retaguardia el batallón de marinos, que escoltaba á los heridos y á los enfermos retrasados en la marcha. Fuera de alcance hallóse todo el ejército el 8, Reynier trepando á la derecha la prolongada garganta que por Thomar, Cabacos y Espinhal va á bajar al Mondego; Junot en el centro, yendo á cruzar en Ourem la cadena de alturas y pasando por detrás de Ney para ocupar con la caballería ligera á Coímbra y restablecer los puentes del Mondego; Ney, en fin, habiendo acortado el paso, para dar tiempo á que adelantaran los que debían precederle, y apretándose á formar una retaguardia invencible con las tres divisiones de Marchand, de Mermet, de Loissón, con la caballería de Montbrún y con la infantería de Drouet.

Hasta el 6 por la mañana no supo lord Wellington exactamente la retirada de nuestras tropas. La preveía por los movimientos ya iniciados el 4 y por ciertos informes que se le habían transmitido; mas había quedado en incertidumbre, y con su habitual prudencia nada quiso aventurar antes de asegurarse á fondo de lo que iban á intentar los franceses. Y para él era un gran triunfo la retirada, y razón le asistía muy fundada para no comprometerlo con un movimiento precipitado que le expusiera á una grave derrota. De consiguiente resolvió seguirlos paso á paso, estrechándolos de cerca, y preparándose á sacar partido de la primera falta que cometieran en este movimiento retrógrado. A la par, como había recibido la noticia de que Badajoz se hallaba en el último apuro, dirigió al gobernador de esta



plaza un mensaje, anunciándole pronto socorros y estrechándole con instancia á sostenerse algunos días más; y para que los efectos correspondieran á las palabras, destacó desde Abrantes al mariscal Beresford al frente de las tropas del general Hill con la idea de salvar una plaza que era la llave del Alentejo. Terminadas estas disposiciones, se puso en camino, pernociando de continuo á tiro de cañón de nuestras retaguardias. Aun después de esta campaña tan censurada posteriormente, tenía concebida grande estimación por Massena, y siguiéndole de cerca y todo, resolvió proceder con la circunspección más extremada.

Nuestro cuerpo de retaguardia, el sexto, se hallaba en Pombal el día 8, entre Leiria y Coímbra, á las órdenes del mariscal Ney, que delante del enemigo recuperaba sus eminentes cualidades. Aún Loissón no se le había reunido: estaba dividido entre las dos vertientes hacia Anciado, enlazando á Ney, que estaba al Norte de la Estrella, con Reynier, que se encontraba al Sur, y trepaba la cordillera entre Venda-Nova y Espinhal para desembocar en el valle del Mondego. Para ocupar á Coímbra y este río había tomado Junot un día de delantera. Massena queriendo darle tiempo de que así lo ejecutara, resolvió detenerse el 9 y el 10 en Pombal por ofrecer la posición algunos recursos y ser además de fácil defensa. Esta parada, sobre la ventaja de dar á Junot tiempo, ofrecía la de dejar desfilar los numerosos convoyes de heridos, de municiones y de galleta.

Ney, pues, estableció las dos divisiones de Mermet y de Marchand delante de Pombal enfrente del ejército inglés, que también hizo alto y se aumentó en número con la aglomeración de fuerzas que bastaba, á atraer un solo día de demora, como las aguas que suben rápidamente delante del primer obstáculo que embaraza su curso.

Viendo que los franceses no emprendían su marcha de costumbre y permanecían en posición todo el día 9 y aun el 10, lord Wellington conjeturó que en vez de retirarse tranquilamente se querían resarcir de su retirada con una gran batalla; el carácter emprendedor de los soldados y los jefes autorizaba tal conjetura. Preocupado, ya que no intimidado con eventualidad semejante, el general envió contraorden á parte de las tropas de Beresford destinadas á socorrer á Badajoz, y llamó cerca de sí por la carretera de Coímbra la masa principal de sus fuerzas. No dejó más que destacamentos en pos de Loissón y de Reynier hacia la otra vertiente de la Estrella.

Descubriendo Ney desde Pombal, donde se hallaba, la reconcentración del ejército inglés, advirtió de ella á Massena desde el 10 por la noche y pidió que se le permitiese levantar el campo, ó que se le socorriera bastante para poder hacer cara al enemigo. Aun cuando sobre el terreno fuese más atrevido y más hábil que nadie en las maniobras, por lo que hace al consejo carecía de la tranquilidad algo desdeñosa que Massena debía al temple de su carácter y á su larga experiencia. Massena se dirigió á toda prisa al cuartel general de Ney, esforzándose por tranquilizarle, le empeñó á mantenerse delante de Pombal, á no alejarse de allí hasta el día siguiente, á disputar bien, después de la posición de Pombal, la de Redinha, donde se debía encontrar

dos días más tarde, de manera de dar todo el tiempo necesario para que las tropas de Junot ocuparan á Coímbra y el Mondego. Le dijo Massena que, circunspectos y pausados como eran los ingleses, no se atreverían contra quince mil hombres puestos bajo su mando y en un terreno tan adecuado á la defensa como los pequeños valles que se iban á atravesar hasta Coímbra, todos los cuales formaban afluencias del Mondego. Ney, que había visto de cerca la masa de los ingleses, no se dejó convencer tan fácilmente como hubiera querido Massena, bien que prometió sostenerse cuanto estuviera á su alcance. Para colmo de apuros, Drouet, que debía de apoyar á Ney, sintióse de nuevo aguijoneado por el deseo de irse y anunció su próxima partida, con lo que Ney quedaba reducido á dos divisiones. Llamado Drouet á presencia de Ney y de Massena, se defendió, como todas las gentes de mala voluntad, con dificultades y testarudeces. Massena, capaz de la mayor energía cuando se le apuraba la paciencia, pero sólo entonces, cometió la falta de no mandar imperiosamente, pues aunque Drouet fuera no más que auxiliar suyo, no podía haber en presencia del enemigo dos generales en jefe, y siendo el único Massena revestido en Portugal con tal categoría, no tenía más que dar órdenes formales, sin tomarse la pena de persuadir á una fría pertinacia que no quería oír cosa alguna. No pudiendo prescindir Ney de cierta simpatía hacia los que manifestaban premura por alejarse de Portugal, no apoyó á Massena como debía, y se separaron sin explicarse bien á las claras. Drouet prometió retirarse despacio, pero no significó el momento de su partida: Ney prometió asimismo sostenerse en Pombal, pero no dijo cuánto tiempo. Aquí estaba la falta de Massena, así en no mandar con vigor bastante como en no aprovecharse de la posición de Pombal para dar una dura lección á los ingleses. Efectivamente la posición de Pombal hubiera sido buena para hacerles cara y reducirles á pagar á muy subido precio la gloria que les cabía de vernos marchar en retirada. Para esto fuera menester reunir muchas fuerzas á la retaguardia, y por desgracia este cuidado no había ocupado á Massena. ¿Qué hacía realmente Loissón hacia el flanco de Ney y á caballo sobre las dos vertientes? ¿Qué hacía sobre todo Junot enviado con toda su tropa á Coímbra en busca de los vados del Mondego? A la verdad se podía decir que Loissón era necesario para enlazar las tropas que marchaban al Sur de la Estrella con las que marchaban al Norte, para enlazar á Ney con Reynier. Pero admitiendo que Loissón pudiera ser útil donde se hallaba, aun siendo inverosímil de todo punto que los ingleses, circunspectos y malos andarines, se lanzaran entre Reynier y Ney, ¿á qué emplear todas las fuerzas de Junot en ocupar á Coímbra y pasar el Mondego, tarea á que hubiera bastado Montbrún con parte de su caballería y dos ó tres batallones de tropas ligeras, tarea que tocara naturalmente mejor que á otro alguno á Drouet, anheloso por retirarse y verse de nuevo en Almeida? En este arte de distribuir sus fuerzas lejos ó cerca del enemigo, era Napoleón sin par y no podía substituirle ninguno de sus lugartenientes, por ser la que exige más amplitud y profundidad de talento. Forzoso es reconocer que Massena dió aquí pábulo á la malevolencia de sus lugartenientes, apoyando mal á unos por otros, y suministrán-

doles un pretexto plausible de retirarse más de prisa de lo que fuera conveniente. Reunidos Ney y Junot, teniendo á Loissón sobre su flanco para enlazarlos con Reynier, teniendo á Drouet á su espalda para ocupar á Coímbra, estuvieran en proporción de tener con lord Wellington un choque rudo y de castigarle por sus demasiadas pretensiones.

Al día siguiente, 11, muy de madrugada, situado Ney en Pombal á la orilla derecha del riachuelo de Arunza, vió á los ingleses bajar por la orilla izquierda con ánimo de pasarlo más abajo de Pombal, y de resultas ordenó de repente la retirada sin querer dar oídos al jefe de estado mayor Fririón, que procuraba detenerle. Sin embargo, habiendo éste insistido y calculando Ney que podía producir un gran desorden entre los ingleses si se les tomaba á Pombal, soltó con este fin un batallón del 69, otro del 2.º y otro del 6.º de ligeros. Guiadas estas tropas por el general Fririón volvieron á entrar impetuosamente en Pombal, arrollaron á los ingleses hasta el puente del Arunza, precipitaron á algunos en el riachuelo, prendieron fuego al pueblo, donde los heridos ingleses perecieron entre las llamas, y retardaron así la marcha del ejército británico algunas horas.

Después de este arranque vigoroso, Ney volvió á emprender tranquilamente la retirada y bajó la orilla derecha del Arunza á la faz de los ingleses, que ocupaban la orilla izquierda. Siguiendo el camino una legua hasta Venda da Cruz el Valle, deja en seguida la margen del río, corta el ribazo izquierdo cubierto de bosque y por un terreno alternativamente quebrado ó unido va á descender por el valle del Soura á una aldea llamada Redinha. En Venda da Cruz pasó el mariscal Ney la noche hacia el punto donde el camino deja el valle del Arunza para penetrar en el del Soura.

Sabedor Massena del encuentro que había tenido Ney en Pombal, avisóle que iba á aproximar allí al general Loissón y á enviar además una de las dos divisiones de Junot (disposiciones buenas aunque tardías), y á tentar nuevos esfuerzos para detener al general Drouet; pero que le instaba á fin de que, replegándose al día siguiente sobre Redinha, se retirara despacio, pues había poco camino que andar para hallarse á las márgenes del Mondego y no convenía que se dejara estrechar muy de cerca, si se quería pasar sosegadamente tener tiempo de establecerse en aquel punto.

A otro día, que era el 12, levantó Ney antes de amanecer el campo á fin de que en los desfiladeros que tenía que pasar no se le fuera encima el enemigo.

Así se empeñó en un país desigual donde se marchaba á trechos por llanuras ó por colinas. Precedido por la división de Marchand á bastante distancia, llevaba Ney la división de Mermet bajo su mando inmediato, fuerte de seis mil hombres admirables, como que eran los de Elchingen, de Jena, de Friedland, no habiendo servido nunca más que á sus órdenes, adivinándole sólo con una mirada y prontos á lanzarse dondequiera á una señal de su acero. Además tenía catorce piezas de artillería, dos regimientos de dragones, el 6.º y el 11.º, y el 3.º de húsares. Con estos siete ú ocho mil hombres se retiraba lentamente, seguido por veinticinco mil ingleses formados en tres columnas, una á la derecha, compuesta de las tropas del general Picton y de los portugueses del general Pack; otra en el centro, compuesta

de las tropas del general Cole, y la última á la izquierda, de la infantería ligera del general Erskine. La caballería del general Slade, la de los portugueses y los tiradores enlazaban entre sí estas tres columnas. Ney, como un león perseguido por cazadores, tenía fijos los ojos sobre los que iban en ademán de acometerle para arrojarse sobre el más temerario. Cuando una de estas columnas le estrechaba muy de cerca, la cubría de metralla, ó la cargaba á la bayoneta, ó soltaba sobre ella sus dragones, empleando cada arma según el terreno con arte admirable y vigor irresistible. Massena, que acudió al terreno, no podía menos de admirar tanto desembarazo, tanta destreza y energía. Cuando atajados los ingleses empujaban sus alas hacia adelante para forzar á los franceses á retirarse, rebasando sus fuerzas, lo cual hacían siempre con alguna torpeza por no ser diestros ni ágiles, revolvía Ney contra la columna que había tenido la temeridad de rebasarle, y cogiéndola á su vez de flanco rechazábala cruelmente maltratada á su cuerpo de batalla. Así había empleado la mitad del día en andar cuando más dos leguas, y preparaba á los ingleses á las mismas orillas del Soura un último y caluroso recibimiento que rematará dignamente la jornada. Viéndole Massena tan bien dispuesto, manifestóle su satisfacción viva, le dijo que contaba con él, le instó á no abandonar las alturas que había delante de Redinha, y le estrechó á conservar el terreno lo más que pudiera á fin de tener que disputar más á otro día, y luego le dejó para atender al resto de sus tropas.

En este momento había llegado Ney á la cordillera de alturas que hay á lo largo del Soura y á cuya falda y á la misma orilla del río se encuentra el pueblo de Redinha. Pegada á la corriente y al pueblo descubría una pequeña llanura redonda, por la cual marchaban pesadamente los ingleses, procurando, como lo hicieron toda la mañana, rebasar nuestras alas por la derecha ó por la izquierda. Ventajosa de defender era la posición, pues por todas partes rodeaba y dominaba el pequeño llano en cuyo fondo se divisaba al enemigo. Hasta ofrecía la ocasión de una gran victoria, porque repeliendo á los ingleses, podía arrollarlos en confusión hacia el desfiladero que habían pasado por la mañana y precipitarlos después al valle del Arunza. Con los doce mil infantes y los mil doscientos caballos de que disponía, casi estaba seguro Ney de alcanzar esta victoria, pero le detenía más de una razón de prudencia. Con efecto, se hallaba sobre un terreno peligroso, con exposición de ser lanzado sobre el Soura y perseguido así por un espantoso desfiladero, el que de Redinha conduce á Condeixa. Si hubiera tenido la división de Loissón de reserva y podido situarla á la otra orilla del Soura para protegerle en caso de derrota, estuviera en proporción de dar una verdadera batalla con las divisiones de Marchand y de Mermet, y ciertamente la hubiera ganado. Careciendo de tal reserva, no se atrevió á aventurar nada.

Libre de la presencia de Massena, que probablemente hubiera querido empeñar el combate de lleno, hizo desfilar delante de él la división de Marchand, ordenóla que bajara á la margen del Soura, cruzarlo por el puente de Redinha, volver á subir luego por la otra ribera y tomar posición en aquel punto, con lo que podía tener allí refugio, si era vivamente atacado. Con la sola divi-



sión de Mermet, con sus tres regimientos de caballería y algunas bocas de fuego, resolvió mantenerse delante de Redinha muchas horas, como para demostrar lo que era posible hacer con cinco mil hombres contra veinticinco mil, maniobrando bien sobre un terreno adecuado á la defensiva.

Arrogantemente plantado sobre aquellas alturas que deseaba disputar á los enemigos, tenía sus dos regimientos de infantes desplegados en dos filas, su artillería algo delante, numerosos pelotones de tiradores diseminados á derecha é izquierda por todos los accidentes del terreno, y sus tres regimientos de caballería detrás y en el centro, prontos á cargar por entre los trechos de la infantería al primer momento favorable. Detrás y á su izquierda bajaba un camino á Redinha y formaba su línea de retirada, en que tenía fijos los ojos. Detrás y á su derecha había reconocido un vado, por el cual sus jinetes podían pasar el Soura y desaparecer cuando fuera tiempo. Después de haberse asegurado bien de esta suerte los medios de retirada, no temió aventurar el lance, contando en todo caso con la certidumbre de replegarse oportunamente.

Desplegados los ingleses en la llanura continuaban su maniobra de todo el día y esperaban á rebasar nuestros flancos. Los generales Picton y Pack probaban á preparar á las cumbres hacia nuestra izquierda para disputar á Ney la retirada sobre Redinha, mientras los generales Cole y Spéncer se adelantaban en masa muy compacta hacia el centro y la infantería ligera de Erskine trataba de pasar el río sobre nuestra derecha por los vados escogidos de antemano para nuestra caballería. Pero Ney, empleando con igual presencia de ánimo todas las armas, empezó por acribillar á balazos las tropas de Picton, y derribando filas enteras, les obligó á un movimiento oblicuo para ponerse fuera de alcance. Logrando, no obstante, á fuerza de pérdidas preparar á las alturas, se adelantaban casi á pie llano sobre el flanco de Ney y estaban á tiro de fusil cuando, reuniendo éste seis bocas de fuego, les cubrió de metralla casi á boca de jarro, y luego dirigió en su contra un batallón del 27, otro del 59 y todos sus tiradores reunidos y formados en un tercer batallón. Todas estas columnas atacaron á las tropas de Picton á la bayoneta, las cargaron briosamente y las precipitaron á la falda de las alturas después de haber muerto ó herido un número no escaso de hombres. Al cabo de pocos instantes la derrota fué completa por este punto. Entonces lord Wellington adelantó su centro para rehacer y juntar su derecha y atacar de frente á los franceses. Dejando Ney que avanzara esta masa, presentóla el 25 de ligeros y el 50 de línea y su artillería en los trechos de los batallones, é hizo que les apoyaran el 6.º de dragones y el 3.º de húsares. Después de recibir á los ingleses primero con los fuegos de artillería y luego con los de infantería, dispuso que se les cargara á la bayoneta y se les empujara con viveza por la pendiente del terreno. Acto continuo lanzó contra ellos el 3.º de húsares que rompió su primera línea y acuchilló á bastante número de infantes. Entonces la confusión fué extremada en toda la masa inglesa, y si Ney conservara la división de Marchand á su lado y pudiera empeñar más á la división de Mermet en el choque, la derrota fuera general é irrevocable. Con todo, no queriendo Ney comprometer á sus tropas, las atrajo,

volviolas á formar en batalla y se mantuvo todavía en posición más de una hora, disparando de continuo contra los ingleses balas que abrían en sus filas muy hondos huecos.

A la sazón eran las cuatro de la tarde. Picado lord Wellington en lo más vivo al verse así detenido y maltratado por un puñado de hombres, reunió todo su ejército, lo formó en cuatro líneas y adelantóse con la intención bien manifiesta de forzar la posición á todo trance. Este era para el mariscal Ney el momento de emprender la retirada, porque no teniendo sus reservas ni queriendo conservar la posición, sino disputarla, podía abandonar sin pena. Ejecutó, pues, el movimiento retrógrado con todo el aplomo y vigor que habían caracterizado esta excelente jornada. Mientras los ingleses se adelantaban despacio, bien que muy resueltos, cada regimiento de la infantería francesa desfilaba sucesivamente delante de ellos ejecutando fuegos por batallones y luego se replegaba á la izquierda á fin de descender al Soura por el camino de Redinha. Habiendo saludado así al ejército inglés con sus fuegos los cuatro regimientos de la división de Mermet, se adelantaron por la izquierda sin ser siquiera perseguidos, escoltando su artillería que iba por delante, mientras desfilando nuestra caballería por la derecha bajaba tranquilamente el Soura para vadearlo. Todas las tropas de Ney fueron á situarse al otro lado del Soura detrás de la división de Marchand que se encontraba en posición. Llegados entonces los ingleses á las alturas que les habíamos abandonado, se apresuraron á bajar á la orilla del río para ver de cruzarlo; pero descubrieron á la división de Marchand apostada á la otra ribera y cubierta por una nube de tiradores que no consentían acercarse. La artillería de esta división incendió la pobre aldea de Redinha y dejola inhabitable. Así los ingleses hubieron de parar junto al Soura, después de una laboriosa jornada que no les costó menos de mil ochocientos muertos ó heridos, lo cual era para ellos de mucha monta, al par que á nosotros apenas nos había costado docientos. A las órdenes del más hábil en las maniobras había acreditado el ejército francés los grados de perfección á que se llega cuando se junta la educación á la naturaleza, esto es, la energía, la habilidad, el aplomo, el arte de plegarse y de desplegarse bajo el fuego cuando se hace en el campo el ejercicio, la facilidad de pasar de la defensiva á la ofensiva y de ésta á aquélla con una prontitud y una solidez á que nada igualaba, justo es decirlo, en ningún ejército de Europa y que no pudieron menos de admirar los ingleses. Si como general en jefe hubiera sido Ney tan osado en esta jornada como hábil en las maniobras, de cierto repeliera el ejército inglés muy lejos á la espalda; pero dominado por razones de prudencia, que tenían su mérito, limitóse á un combate de retaguardia, cuando pudo dar y ganar una gran batalla. Por lo que hace á Massena, su falta consistió en haberse alejado y sobre todo en no tener allí una división más. Probablemente el ejército británico hubiera sufrido una sangrienta derrota y pagado á muy caro precio el honor de hacernos evacuar las márgenes del Tajo.

Sea como quiera, los ingleses, después de esta jornada tenían hartos motivos para ser circunspectos y los franceses para ser confiados. Ney se había replegado á

un desfiladero que de Redinha llevaba á Condeixa é iba á parar á alturas de fácil defensa, después de las cuales caíase en derechura sobre Coímbra y el Mondego. Este era el último escalón que había que andar en la carretera de Lisboa á Coímbra, y era necesario mantenerse allí vigorosamente para dar tiempo á que Junot estableciera puentes sobre el Mondego y ocupara á Coímbra, que se halla á la otra margen del río. Si no se disputaba suficientemente este último punto, serían los franceses lanzados al Mondego ó forzados á remontarlo por la orilla izquierda por una áspera comarca, abandonando el proyecto del establecimiento en Coímbra, proyecto medio entre la permanencia prolongada en Santarem y la retirada completa á la frontera de España. Con efecto, no manteniéndose lo bastante en Condeixa para dar á Junot el tiempo que le hacía falta y estando obligados á remontar la orilla izquierda del Mondego para librarse de la persecución de los ingleses, no había otro recurso que la posesión de la sierra de Murcelha, la cual cierra el curso superior del Mondego por la orilla izquierda, como lo cierra por la orilla derecha la sierra de Alcoba. Mas por largo tiempo no era esta posición sostenible, pues los ingleses, dueños del curso inferior del Mondego, podían tomarlo por la espalda remontando la orilla derecha del río y yendo á situarse detrás de la sierra de Murcelha. No había, pues, elección posible, siendo forzoso apoderarse del curso del Mondego, pasarlo, ocupar á Coímbra, establecerse allí, vivir de los recursos de esta ciudad y de los que se recogieran en los alrededores, ó retirarse de seguida á Almeida y á Ciudad Rodrigo, confesando de plano el mal éxito de esta campaña. Sin embargo, cabía en lo posible evitar esta extremidad triste, porque Montbrún, á quien había encargado Junot que le tomara la delantera, hallando cortado un arco del puente de Coímbra, descubrió algo más abajo un sitio por donde el río era vadeable en ciertas estaciones y se podía cruzar con un simple puente de caballetes. Para esto el general Valazé se había proporcionado los materiales sobre el mismo terreno, bien que el acabar el puente exigía treinta y seis horas, ganadas las cuales era seguro el establecimiento en Coímbra, pues en esta ciudad apenas había algunos corredores de Trent para disputarnos la entrada. Defendiendo Ponte de Murcelha á la izquierda, Busaco á la derecha y teniendo en el centro á Coímbra, era fácil vivir algún tiempo en esta posición, desde la cual aún se tenía á los ingleses en jaque, y desde donde se podía arrancar ventajosamente para tornar á emprender todos los proyectos de la campaña.

En la noche del 12, después del soberbio combate de Redinha, Massena volvió cerca de Ney, le felicitó por la jornada, bien que expresándole con mucha reserva algún sentimiento de que no hubiera querido conservar la posición delante del Soura y suplicándole que sustentara delante de Condeixa, lo cual era muy practicable, gracias á la ventaja del terreno y gracias también al ascendiente que el sexto cuerpo acababa de adquirir sobre los ingleses. Massena le repitió que si no defendía á Condeixa serían lanzados al Mondego ó obligados á remontarlo precipitadamente y renunciar al establecimiento en Coímbra. Desgraciadamente el mariscal Ney, que parecía muy poco movido por las razones del general en jefe, prometió hacer lo que estuviera á su

alcanse sin responder del éxito. Sobre todo mostrábase zozobroso de las demostraciones de los ingleses por su izquierda, demostraciones que, á ser formales, le hubieran podido separar de Loissón y de Reynier, esto es, del grueso del ejército. Para precaver el peligro por este lado, dispuso Massena que Loissón se colocara como intermediario sobre las alturas que corren entre el valle del Soura, donde operaba el mariscal Ney, y el de Leiria, adonde Reynier había bajado después de cruzar hacia Espinhal la cordillera de la Estrella. Además había destacado Massena á la división de Clausel del cuerpo de Junot, dirigiéndola en apoyo de Loissón, de manera que Ney tenía á su izquierda dos divisiones para enlazarle con Reynier. Aún hubiera debido Massena enviar la segunda división de Junot para sostener á Ney, no dejando á Montbrún más que uno ó dos batallones para terminar la obra de los puentes. Y aún hubiera debido, si Drouet fuera más obediente, obligarle á permanecer detrás de Ney para que le sirviera de apoyo, y por último, estar allí él en persona con el fin de constreñir á todos á proceder según sus miras. Desdichadamente no lo hizo, y creyendo á Ney bastante apoyado hacia su izquierda por la división de Clausel añadida á la de Loissón, creyéndole bastante retenido por sus instancias y por sus órdenes, partió el 13 por la mañana para dirigirse adonde Loissón se encontraba y calcular desde la posición ocupada por éste los verdaderos proyectos del enemigo.

Quedando Ney, tan luego como el general en jefe hubo marchado, solo y libre de sus acciones delante de los ingleses, se puso á observar sus menores movimientos con una extraña desconfianza de la situación, que á la verdad nada tenía de alarmante. Muy escarmentados por el combate de la víspera los ingleses, adelantábanse despacio, lo cual, lejos de tranquilizar al mariscal Ney, no hizo más que infundirle mayor zozobra, predisponiéndole á creer que tal vez ejecutaban algo por otra parte. Un movimiento del general Picton sobre su izquierda, que propendía á rebasarle, hizo le suponer que se iban á realizar todos sus temores, quedando separado del grueso del ejército de resultas, y aun quizá envuelto. Este héroe de corazón firme, de razón fluctuante á veces, incontrastable sobre un terreno que pudiera abarcar con la vista, menos seguro sobre un terreno más vasto que sólo pudiera abarcar con la mente, experimentó aquí una especie de turbación, y temiendo siempre ser cortado, y también harto anhelante por abandonar aquella tierra de Portugal que le era tan odiosa, disputó algunas horas las alturas de Condeixa y apresuróse después á abandonarlas, desfilando hacia su izquierda por entre una estrecha garganta que, tras una travesía de tres ó cuatro leguas, llevaba á Miranda de Corvo y le volvía á unir á Loissón, á Clausel, á Reynier.

Adoptando una resolución tan grave, hubiera debido ponerla en noticia del general en jefe, pues habiendo recibido orden formal de mantenerse firme y quedando así exonerado de la responsabilidad general, su único deber era sostenerse en Condeixa. Y hasta el presente, lejos de verse en la impotencia de conservar este puesto importante, ni aun había sufrido un serio ataque. Así era tomar sobre sí mucho, y por evitar una desgracia dudosa y hasta imaginaria, como se supo muy en breve, exponer el ejército á una desgracia segura. Sea como